

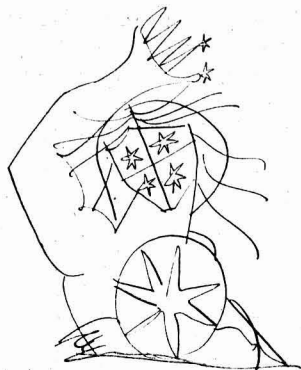
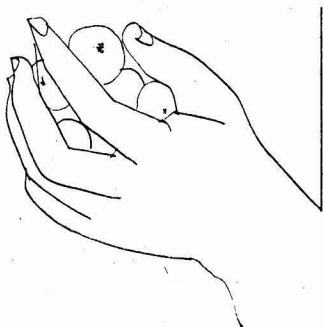
LOS MERCADERES

EN los últimos años la propaganda comercial ejercida a través del cine ha ido cobrando, entre nosotros, inquietante amplitud. Casi no hay uno de los llamados cortos —documentales o de supuesta información objetiva— que México produce sistemáticamente, que no la incluya con grosero exceso. Y esto no deja de suscitar graves consideraciones. ¿Hasta qué punto, en efecto, tiene derecho un exhibidor a imponer a su público palabras e imágenes ajenas al puro entretenimiento que el espectador medio busca? ¿Es acaso ilimitable esta potestad de infiltración, tan jugosa para unos cuantos y tan molesta para todos los demás?

Se dirá que la publicidad es ya una institución reconocida, y proverbialmente tolerada. Y quienes tal afirmen tendrán razón. Pero la tendrán sólo a medias. La costumbre, y las recíprocas necesidades de intercambio que ofrece la vida actual, autorizan el empleo de ciertos instrumentos cotidianos para fines de estímulo mercantil. Mas, por una parte, este uso no debe ser, de ninguna manera, arbitrario. Hay para él fronteras naturales, urgentes frenos dictados por la razón y el bien común. Y de otro lado, y sobre todo, no es posible perder de vista el esencial agravio causado por la publicidad cinematográfica a lo que cabría llamar la libertad de atención de cada uno. A quien escucha un programa de radio, por ejemplo, le es dable dejarlo de oír, sustituirlo por otro, o admitir exclusivamente sus elementos no comerciales: un simple movimiento de la mano le bastará para cumplir su voluntad. Lo mismo acontece con quien lee un periódico. Pero el asistente a una función de cine no dispone de parejos medios de rechazo o de selección: el suyo es un llano y fatal dilema: o abandona la sala de proyección, sacrificando el importe de su boleto, y las películas que sí le importan, o se traga, a su pesar, cuantos burdos mensajes le inflige el exhibidor. Y en consecuencia, cualquier abuso en este campo resulta mayor y menos justificable.

Se dirá también —ya lo declaran, curándose en salud, los responsables— que “200 trabajadores viven de la industria de la publicidad cinematográfica...” Pero la base de este argumento es aún más ostensiblemente nula. Nada impide dedicar las energías de esos grupos a empresas de auténtico valor social. La verdad es que los productores de cortos, como los de todo el cine mexicano, han elegido la ruta más fácil, sin pensar que ésta suele asimismo ser la más

LA FERIA

DE
LOS DIAS

peligrosa y, a la postre, la más nociva a los intereses públicos y a los propios.

LITERATURA Y PROFECIA

NO un nuevo género literario, sino apenas concentración enfática de diversos motivos hasta hoy dispersos e innominados en el acervo de las letras, la Science Fiction (valdría traducir al español, en paráfrasis, por Imitación de la Ciencia o Ciencia Fingida) disfruta en la actualidad, ante el público estadounidense, de un avasallador prestigio. Decenas de revistas especializadas se nutren de ella y la difunden entre varios millones de ávidos lectores, y aún los periódicos más severos la reclaman en sus páginas.

Es seguro que ni Jules Verne ni H. G. Wells —para sólo citar a dos ilustres precursores— soñaron jamás que los temas que ellos frecuentaban ociosamente iban a constituir un día el alimento espiritual de toda una nación. Así ha sucedido, sin embargo. Tal parece que hoy, al menos dentro de ciertos medios, un colectivo apetito de fu-

turo predomina con exacerbado estrépito. Los ciudadanos se esfuerzan por descubrir, en los cielos familiares, platillos voladores que deparan visitantes de planetas vecinos; discuten la conveniencia, o la ineficacia, de tal o cual nave que los llevará a insospechados rincones del espacio; proveen a sus hijos de extraños juguetes, que no son más que aventurados simulacros del año 2000; y cuando una mayor proeza no es posible, se conforman con retirarse junto al calor de la chimenea para devorar las últimas ocurrencias folletinescas de sus augures preferidos.

Se trata, sin duda, de un fenómeno fundamentalmente explicable. A partir de la bomba atómica no hay nada que no pueda acontecer. La ciencia se ha convertido en algo más fantástico que la propia fantasía. Sus recientes aportaciones —para bien o para mal— son ya, en rigor, anticipo y semilla del porvenir. Y es claro: un pueblo al que, semana tras semana, se le sirven noticias de insólitos descubrimientos, no se resigna a la serena contemplación del presente.

Pero no hay esto sólo. El de la Science Fiction es, desde luego, un caso complejo. A su boga coadyuvan también otros factores. Un apasionado afán de evasión se adivina en su fondo, complementándose con la perenne tendencia humana a la construcción de utopías. Y aún, a veces, se dejan vislumbrar serias, implícitas censuras, un poco a la manera del viejo Swift.

Por desgracia, el don de profecía no suele ser una gracia común. Y de los numerosos obreros en semejante empresa, muchos naufragan en la trivialidad y apenas unos cuantos alcanzan a salvarse. Las tramas se repiten. La insistencia en imprevisibles detalles se hace fatigosa. Y la imaginación pseudocientífica, no sustentada por la auténtica vocación literaria, acaba por enseñar un miserable, adocenado cobre.

LOS TEJOCOTES RUBIOS

LOS huéspedes mexicanos de la Ciudad Universitaria de París hicieron un día un amable descubrimiento. Uno de los más añorados frutos de la tierra natal resplandecía al alcance de sus brazos, a pocos pasos de sus respectivas habitaciones. Los jardines de la Cité, hasta entonces tan bellamente franceses, cobraron de pronto algún sabor nostálgicamente mexicano, y ávidas manos se apresuraron a convertir, no sin cierta disculpable torpeza, las diminutas, redondas maravillas en varios kilos de generosa jalea.

